

CAPÍTULO II.

LA RELIGION

SECCION PRIMERA

TRASFORMACION DEL DOGMA CRISTIANO.

§ I. — El protestantismo

N.º 1.—El luteranismo.

I. — El luteranismo ortodoxo.

No siempre el fin que los hombres persiguen en sus ardientes luchas es el mismo á que sin ellos saberlo les conduce la Providencia; que limitados en su prevision y cegados por sus pasiones, perciben rara vez las últimas consecuencias de los principios que les hacen obrar. Léjos de afigirnos por esta estrechez de nuestra razon, debemos bendecirla como una gracia divina, como el instrumento providencial de nuestro perfeccionamiento. Si previéramos siempre los últimos resultados de nuestros esfuerzos, las más veces retrocederíamos con espanto; y en lugar de lanzarnos con confianza y audacia en medio del combate, quedaríamos inmóviles, prefiriendo lo pasado con todas sus miserias á un porvenir que contraría nuestros errores y nuestras ilusiones. Esto puede decirse de los reformadores del siglo XVI. El protestantismo, afirman hoy sus apologistas, es la libertad en el dominio de la fe y del pensamiento, y en realidad los protestantes más avanzados no difieren de los libres pensadores sino en el nombre y en formas insignificantes; pero si tal es el protestantismo del siglo XIX, no lo fué ciertamente el luteranismo de los siglos XVI

y XVII. Si se quisiera caracterizarlo desde el punto de vista de las tendencias actuales de la humanidad, habria que decir que era la negacion de toda libertad; y fuerza es confesarlo, ese espíritu hostil á la libre razon se remonta al jefe de la insurreccion, al mismo Lutero. Hé ahí un triste testimonio de la debilidad humana; mas en vez de hallar en él una causa de desaliento, debe prestarnos incontrastable fuerza; porque si vemos que el hombre es débil, vemos tambien que Dios lo guía; y si la Providencia dirige nuestros destinos, podemos seguir animosos el impulso de nuestra conciencia y aventurarnos en el incierto camino de lo porvenir, seguros como estamos de que Dios nos conducirá á buen puerto.

Despues de haber rechazado la autoridad de la Iglesia, Lutero, alma sinceramente cristiana, se ligó con tanta mayor fuerza á la Sagrada Escritura, creyendo que la palabra de Dios sería un baluarte inquebrantable de la fe; pero su buen sentido le advirtió que, para conservar en su candor la fe, precisaba ponerla al abrigo de los ataques de la razon, y presintió que si se entregaba la Escritura

á las interpretaciones del hombre, no quedaría en pié ni un artículo de la creencia cristiana, porque él confesaba "que no había ninguno que estuviese por cima de la razón," (1). De ahí esos ataques apasionados contra la razón que causa vergüenza trascribir: "Es la prometida del diablo, es una prostituta, una abominable z..., la p... dada á Satanás, una corrompida, unasucia y repugnante p... que se debería pisotear, y destruir á ella y su sabiduría, y se haría bien, para hacerla odiosa, en echarle m... al rostro, y merecería la abominable z... que se la relegara al más vil lugar de la casa, á las letrinas," (2). Estas groseras injurias no eran arrebatos, accesos de mal humor contra los racionalistas del tiempo: toda la doctrina del gran reformador es una repudiación de la razón, de la libertad, y en general del elemento humano. El catolicismo, daba al hombre una parte en su salvación, explotándola, es cierto, en su provecho; Lutero, por lo contrario, enseña que sólo la fe justifica, y la fe es un don de Dios; el que no la tiene no puede salvarse, aunque tuviera la caridad de San Pedro; ó, por mejor decir, no teniendo fe no puede tener caridad; todas sus acciones, aunque virtuosas en apariencia, están viciadas, son obras del demonio (3). ¿Qué es el hombre en esta concepción? El instrumento, el juguete de Dios, deberíamos decir; el hombre se cree libre, mas bajo el punto de vista de Dios, lo que hace está predestinado de toda eternidad (4). El reformador á quien se quiere representar como un revolucionario, como un hombre de libertad, escribió un tratado sobre el *siervo albedrío*, en el cual anula al hombre y lo atribuye todo á la acción de Dios.

Lutero, sin embargo, hágase y dígase lo que quiera, fué un poderoso revolucionario: su grande alma triunfa de la estrechez de su teología. Sus discípulos heredaron su fe, pero no su genio; se apellidaron luteranos para denotar que tomaban su doctrina al pié de la letra. Un profesor de la universidad de Helmstaedt declaró á fines del siglo XVI una guerra en regla á la razón: la llamó obra de Satanás y de la carne: proclamó que no había nada de comun entre ella y la teología, y pidió que se exterminara la filosofía de las universi-

(1) LUTHER, *Wider die himmlischen Propheten*.

(2) DOELLINGER, *La Reformation*, t. I, p. 453.

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 34, notas 1 y 4.

(4) LUTHER, *De servo arbitrio*.

dades. ¿Cuál era la causa de esta furiosa cólera? A medida que se desarrolló la Reforma, se fueron convenciendo de la exactitud de la antinomia formulada por Lutero, á saber: que una cosa podía ser en teología verdadera y falsa en filosofía; y siendo la razón la enemiga de la fe, precisaba apresurar el divorcio, por temor de que la filosofía arruinara la religión (1).

Los luteranos ortodoxos cuidaron de ahondar el abismo abierto por el cristianismo tradicional entre la razón y la fe. Aunque la doctrina del pecado original, tal como la había formulado Lutero, anulaba la libertad, no satisfacía ya á sus sucesores, quienes sostuvieron que el pecado original forma la sustancia del hombre, de suerte que en vez de ser la imagen de Dios, el hombre viene á ser la imagen de Satanás (2). Lo propio sucedió con el dogma de la eucaristía: para estar bien seguros de comerse y beberse á Dios, imaginaron la *ubiquidad* del cuerpo de Jesucristo, nuevo absurdo que añadían á todas las necedades que se derivan lógicamente de una absurda creencia: siendo el Cristo juntamente hombre y Dios, ¿por qué no había en él de participar el hombre de la naturaleza divina? Y si la divinidad está presente en todas partes, ¿por qué no había de suceder lo mismo con el cuerpo de que se reviste la divinidad? (3). En fin, para desterrar enteramente la razón del dominio de la fe, llevaron los discípulos de Lutero hasta el extremo la doctrina del reformador sobre la autoridad de la Escritura, comprendiendo que si dejaban el menor acceso á la crítica, se derramaba todo el edificio de la Reforma, que no tenía otra base que los libros sagrados, y era, por consecuencia, necesario que todo en ellos fuera revelado, todo, hasta los puntos y las comas (4). Lo que San Pablo dice de su manto es revelado y divino como lo que dice de la doctrina cristiana; los evangelistas y los apóstoles no fueron más que los instrumentos del Espíritu Santo bajo cuyo dictado escribieron. Mas hé aquí que descubren los sabios en el texto de la Biblia, unos faltas de lenguaje y de estilo, otros errores históricos y geográficos. ¡Dada la teoría de la *inspiración*, será, pues, necesario decir que el Espíritu Santo no sabía el griego y

(1) SAINTES, *Histoire du rationalisme en Allemagne*, p. 54 y siguientes.—BAYLE, *Dictionnaire*, en la palabra *Hoffman*.

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 38, nota 20.

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 37, nota 43.

(4) QUENSTEDT, *Theolog. didact.*, t. I, p. 71.

que ignoraba lo que saben hoy los niños! Los teólogos salieron del apuro negando, como hacen siempre los ortodoxos; pero por más que negaron, prosiguió la ciencia su obra de demolición, hasta que se ha demostrado plenamente que la razón y la revelación son incompatibles (1).

Hé ahí algunos rasgos del dogma luterano, que excluye, como se ve, todo uso de la razón, toda manifestación del libre pensamiento. Los reformadores se habían sublevado contra la Iglesia católica, contra la tiranía de los papas; la Reforma era, pues, en su esencia, una insurrección del libre pensamiento contra la pretendida autoridad divina de los sucesores de San Pedro. Pero contratar á Roma de Babilonia y al papa de Antecristo no pensaban los luteranos ortodoxos reemplazar con la libertad la tiranía intelectual: si se compara la áspera intolerancia y el carácter imperioso de algunos teólogos protestantes de los siglos XVI y XVII con Gregorio VII é Inocencio III, aparecen dulces y tolerantes los grandes pontífices de la Edad Media (2). ¡Desdichado del que rechazara uno de los mil absurdos del catecismo luterano! Negar la *ubiquidad* era un crimen de Estado que acarrearía infaliblemente la destitución y el destierro. Hoy son las universidades protestantes el foco de la libertad intelectual: en el siglo XVI se destituyó á los profesores de matemáticas y de astronomía que se negaban á suscribir el *Libro de la Concordia*. La ciencia es hoy la gloria de la Alemania protestante; en los primeros siglos de la Reforma no valía más la enseñanza protestante que la de los jesuitas; se limitaba al latín y á un poco de griego; ningún desarrollo del pensamiento, ninguna elevación hacia la región del ideal, que tanto atractivo tiene para la raza alemana; toda innovación filosófica era rechazada como sospechosa de calvinismo; nada más estrecho, nada más falso que las concepciones históricas de los fieles luteranos: aceptaban los primeros siglos del cristianismo, pero desde el momento en que aparecía el papado en la escena del mundo comenzaba para ellos el reinado del Antecristo, todo era fraude y violencia: era el imperio del mal absoluto, hasta que vino la Reforma á renovar la fe primitiva de los discípulos del Cristo (3).

(1) STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 122 y siguientes.

(2) Es la opinión de MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V página VIII.

(3) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 200, 222, 24-124.

Tal era el estado intelectual de la Reforma en los siglos XVI y XVII. Si la religión floreciera á medida que se rebaja la razón, la Alemania luterana habría visto renacer los bellos días del cristianismo; pero la experiencia de los siglos confirma lo que la naturaleza de las cosas demuestra: que allí donde la inteligencia es limitada, es imposible que el sentimiento religioso no se pervierta y falsee. ¡Cosa singular! Tenía el luteranismo un profundo horror á la Edad Media y á las tinieblas que cubrieron la cristianidad bajo el reinado del Antecristo romano, y, sin embargo, bajo su influencia, se abrió una segunda Edad Media en Alemania. Volvióse á ver el mismo formulismo dialéctico, la misma casuística, la misma logomaquia, con la diferencia de que la escolástica fué ilustrada por grandes genios, mientras los teólogos luteranos eran todos pretenciosas medianías. Por lo demás, aquellas secas y estériles disputas ahogaban el verdadero sentimiento religioso: "Se prefiere, dice un contemporáneo, explicar la Trinidad á adorarla; se prefiere demostrar la *ubiquidad* de Jesucristo á orarle; se prefiere describir la penitencia á sentirla; se prefiere hablar contra las obras á hacer actos de caridad. La religión es una ciencia que no tiene más relación con la vida real que la lógica y la metafísica. Se exalta como un buen cristiano al que mejor maneja el arma del silogismo en las discusiones de escuela, mientras los que dejan esas vanas controversias para vivir como vivían los discípulos del Cristo son tratados de herejes y de hijos de Satanás (1).

II.—Melancthon y los sincretistas.

En vez de la inauguración del libre pensamiento, parece el luteranismo un desafío á la razón; y, sin embargo, es lo cierto que el racionalismo, es decir, el dominio de la razón llevado hasta la negación de la fe, procede de la Reforma (2). ¿Cómo explicar esta aparente contradicción? Lutero tuvo discípulos menos rigurosos, menos lógicos que los Flacios Ilíricos, los Heshusios y los Hunnios; y entre ellos brilla en primer término, como jefe de escuela, el dulce Melancthon, á quien Bossuet le reprochaba el ser más un humanista que un teólogo.

(1) GIESELER, t. III, 2, § 49, nota 19.—AD. MENZEL, t. VI, p. 7

(2) SAINTES, *Histoire du rationalisme*, p. XI.

Esta acusación constituye la grandeza del amigo de Lutero: el genio humano de Grecia templó en él lo que tiene de áspero y exclusivo el espíritu teológico. Dejéese en un principio seducir por su maestro el joven letrado; arrastrado por su autoridad, adoptó todas sus ideas sobre el siervo arbitrio, sobre la predestinación, sobre la presencia real. Felizmente no era un teólogo de pura sangre, y acabó por emanciparse del despotismo de las ideas luteranas: su buen sentido le dictaba que, á pesar del pecado original, el hombre es un ser libre, y se rebeló contra una doctrina que llevaba á hacer de Dios el autor del pecado, y que hasta ejercía una funesta influencia en la moralidad del comun de los fieles: Melanchthon abandonó á San Agustín para volver á la enseñanza más expansiva de los Padres griegos (1); y dejó igualmente la grosera concepción que los luteranos se formaban del misterio de la eucaristía, ateniéndose, como los Suizos, con preferencia, sin negar la presencia real, al elemento espiritual de la comunión. Calvino escribió á Farel: "Felipe es de los nuestros, piensa en todo como nosotros," (2). Y no era una disputa ociosa, como lo creen hoy los espíritus incrédulos ó indiferentes: la lucha era entre un cristianismo que, encadenado á la letra de la Escritura, desafiaba al buen sentido y un cristianismo espiritual que trataba de conciliar el dogma cristiano con la razón.

Melanchthon encontró partidarios, especialmente entre los letrados. Grande fué la cólera de los luteranos ortodoxos cuando vieron á uno de los primeros reformadores, al amigo de Lutero, desertar de sus doctrinas para acercarse al odioso Calvino: á sus ojos era una verdadera apostasía, Persiguieron á los *filipistas* con su odio, tratando de calvinistas á todos los que se salían de la estrecha ortodoxia de la fe protestante; y así, impelidos por una extrema oposición, acabaron los *filipistas* por abrazar abiertamente el calvinismo. Sin embargo, los discípulos de Melanchthon no participaban enteramente de las opiniones de Calvino. El reformador de Ginebra, cuyo espíritu tenía el rigor del legista, aceptó las fórmulas de San Agustín con todas sus consecuencias, por absurdas que fuesen; y los *filipistas* no habían abandonado los absurdos de Lutero para aceptar los absurdos de Calvino: no reconocían en los primeros reformadores

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 36, nota 12.
(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 36, nota 20.

sino una misión de destrucción, y creían que correspondía á Melanchthon la empresa de fundar la nueva doctrina (1). Á juzgar por las censuras de los luteranos ortodoxos, los nuevos luteranos tendían á salir del cristianismo tradicional; acusábanlos de abrir la puerta al arrianismo y al mahometismo y los afrentaban en consecuencia llamándolos Turcos y Mamelucos (2). El odio tiene su luz. No es que Melanchthon pensara en negar la divinidad del Cristo; pero dió entrada á la razón en la ciudadela de la fe, y eso era recibir dentro de un campo al enemigo, y el enemigo no descansará hasta que el racionalismo haya tomado la plaza de la fe cristiana.

Reprocháronle á Melanchthon sus enemigos el ser juntamente papista y calvinista (3), y es lo cierto que el amigo de Lutero tenía una tendencia marcada al sincretismo, es decir, que lo ligaba la salvación á algunas fórmulas, como lo hacían los teólogos ortodoxos, y de ahí su facilidad en transigir que se le imputaba á crimen. No tenía el gran hombre el genio batallador de sus cofrades, y tuvo la dicha de morir para escapar á sus odiosas disputas. Hay, pues, que confesar que no iban descaminados los teólogos al combatir las trasacciones de Melanchthon, porque desde el punto en que la teología transige, abdica. En el siglo XVII, el sincretismo hizo escuela. Calixto, profesor en Helmstädt, redujo los artículos de la fe necesarios para la salvación al símbolo de los apóstoles y á las creencias admitidas por los concilios de los cinco primeros siglos. Nada más racional bajo el punto de vista del buen sentido: la fe que salvó á los discípulos del Cristo, la fe por la cual murieron los mártires, ¿no se debe considerar como una fe suficiente para todos los cristianos? (4). Pero el buen sentido y la teología no concuerdan. Calixto trató de legitimar su empresa invocando la autoridad de Sócrates: el sabio de Atenas hizo descender la filosofía del cielo á la tierra, y del propio modo se proponía el teólogo alemán traer la teología del emperio, donde se extraviaba en vanas disputas sobre dogmas incomprensibles, á este mundo, donde debía ocuparse en santificar las costumbres, único medio de

(1) DOELLINGER, *La Réforme*, t. I, p. 433.

(2) THOMASIIUS, *Historia contentions inter imperium et sacerdotium*, p. 575.—MENZEL, *Neuere Geschichte der Deutschen*, t. V, página 216.

(3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 38, nota 18.

(4) CALIXTUS, *Desiderium et studium concordie ecclesiasticæ*, § 8.

procurar á los hombres la salvación eterna. "¿De qué sirve, decía Calixto, especular acerca de Dios, sus atributos y su acción? ¿Puede el hombre, ser finito, comprender jamás al ser infinito? Contentémonos con seguir la ley que nos han dado practicando la caridad," (1). El profesor alemán no veía que la teología cristiana vive en un mundo imaginario, y que solo en él puede vivir: traerla á una realidad es querer dar cuerpo á un fantasma.

Un grito de indignación resonó en el mundo ortodoxo contra la teología pacífica de Calixto. El gran reproche que se le hizo fué el enseñar que puede salvar una fe imperfecta con tal que la acompañe la integridad de la vida y la pureza de las costumbres (2). De esta manera los socinianos, y hasta los Judíos y los Turcos, podían salvarse; ¿á qué entonces ser cristianos? En definitiva, se decía, el sincretismo conduce á la indiferencia religiosa (3). Estas acusaciones, como de costumbre, excedían de las intenciones de aquel á quien se dirigían. Calixto pedía una fe real en los artículos fundamentales del cristianismo; pero desde el momento en que se descartan ciertas creencias como no esenciales, se corre el riesgo de arruinar las mismas que se quieren conservar. El profesor de Helmstädt abandonó la teoría luterana de la inspiración de la Escritura, lo cual era quitar al protestantismo su principio de autoridad y comprometer, por consecuencia, la doctrina cristiana. Ya dejó también apuntar algunas dudas, si no sobre la divinidad de Jesucristo, sobre los testimonios que para demostrarla se alegaban. La teología estaba en la pendiente del racionalismo, y no podía detenerse en los pretendidos artículos fundamentales que fueron abandonados uno tras otro, hasta que nada quedó del cristianismo histórico más que el nombre. Entonces se hizo la paz que tanto había deseado Calixto; diéronse la mano los luteranos y calvinistas, pero sobre las ruinas del dogma cristiano.

N.º 2.—El calvinismo.

I.—El calvinismo ortodoxo.

Los luteranos y los calvinistas llenaron el siglo XVI con sus discordias y sus odios. En apa-

(1) AD. MENZEL, *Neuere Geschichte der Deutschen*, t. VIII, página 110.

(2) SAINTES, *Histoire du rationalisme*, p. 58, nota.

(3) AD. MENZEL, *Neuere Geschichte der Deutschen*, t. VIII, página 126.—MOSHEIM, *Histoire ecclésiastique*, siglo XVII.

riencia, no versaba el disentiimiento sino sobre sutilezas teológicas. Los discípulos de Calvino aceptaban, como los de Lutero, los dogmas fundamentales del cristianismo; ni los unos ni los otros pensaban en alterar la religión tradicional, y todos querían volver á la fe primitiva: su desacuerdo se limitaba al dogma de la eucaristía. Admitían los calvinistas el sacramento de la cena, veneraban el misterio de la presencia real del Cristo, y no diferían de los luteranos sino en la explicación de una cosa inexplicable. Aunque fútil en apariencia, el objeto de la excisión era importante en el fondo. El luteranismo era, en cierto modo, la continuación del catolicismo sin el papa, mientras el calvinismo inauguró el elemento racional de la Reforma.

La doctrina católica, ateniéndose á la letra de la Sagrada Escritura, enseña que Jesucristo está presente en carne y hueso en el sacramento de la eucaristía, y que el pan y el vino se cambian en su cuerpo y en su sangre por un milagro que se repite diariamente: de aquí la transubstanciación, palabra tan bárbara como absurda la cosa que expresa. Si la Iglesia consagró esta concepción extraña, fué porque vió en ella un excelente medio de dominación; el sacerdote que, por el poder de su palabra, hace á Dios, como se decía en la Edad Media, ¿no es un ser sobrenatural? El abuso á que este pretendido misterio se prestaba habría debido ser para los reformadores razón suficiente para rechazarlo. Eso es lo que hizo uno de los espíritus más atrevidos de la Reforma: Zuinglio decía que la adoración de Jesucristo en la forma del pan era una idolatría, una impostura del diablo. Los católicos habían materializado el misterio, los Suizos lo espiritualizaron: no se trata ya de comer á Dios pulverizando su cuerpo con los dientes, sino de unirse á Dios por el espíritu, y creer en la regeneración de la humanidad por la muerte del Cristo. Lutero confiesa que habría querido abrazar esta idea, aunque no fuese más que en odio á la superstición católica; pero no se atrevió á prescindir de las famosas palabras: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, y admitió, en consecuencia, la presencia corporal de Jesucristo, negando el cambio de sustancia.

Tampoco se adhirió Calvino á la doctrina de Zuinglio, porque destruía el misterio en fuerza de espiritualizarlo, pero se separó también de la opinión del reformador alemán, que le parecía dema-